

¿UNA COSMOPOLÍTICA DE LO SALVAJE?: LA COMPOSICIÓN TÉCNICA DEL MUNDO NATURAL*

*José Manuel de Cózar Escalante***

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA (TENERIFE, ESPAÑA)

RESUMEN

El objetivo del artículo es ensayar muy sucintamente una posible aplicación de la propuesta cosmopolítica de Isabelle Stengers y Bruno Latour al *rewilding* o proceso de “asilvestramiento” de espacios previamente modificados, “domesticados” por el ser humano, para que retornen a su condición “natural”, salvaje. El choque de visiones, conocimientos, técnicas y prácticas que se produce alrededor de las iniciativas de *rewilding* constituye una ilustración esclarecedora de lo que el proyecto cosmopolítico representa, al permitir un análisis carente de ingenuidad de la composición tecnocientífica del mundo natural. La propuesta suministra algunas pistas cuyo seguimiento ha de permitir comprender y componer mejor los lugares que habitamos o deseamos transitar, en la intersección de lo técnico y lo natural.

PALABRAS CLAVE: cosmopolítica – asilvestramiento – prácticas – técnicas – composición – naturaleza salvaje.

A COSMOPOLITICS FOR THE WILD? THE TECHNICAL COMPOSITION OF THE NATURAL WORLD

* Artículo recibido el 17 de abril de 2014 y aceptado el 29 de noviembre de 2014.

** *José Manuel de Cózar Escalante* es doctor en Filosofía por la Universidad de Valencia (España). Es profesor titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de La Laguna (Tenerife, España) desde 1995. Sus investigaciones se inscriben en el ámbito de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología y de la filosofía ambiental. Lleva más de una década dedicándose al estudio de las repercusiones éticas, sociales y ambientales de las nanotecnologías y de otras tecnologías convergentes, habiendo impartido una gran cantidad de conferencias internacionales, y publicado numerosos textos sobre estas cuestiones. En 2002 editó el libro *Tecnología, civilización y barbarie* (Barcelona, Anthropos). Fue coeditor, junto a Javier Gómez Ferri, del monográfico “Nanobiotecnología y Sociedad” en la *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Junio 2012, vol. 7, N° 20. En 2010 obtuvo el premio “Junta General del Principado de Asturias - Sociedad Internacional de Bioética (SIBI)” por el ensayo titulado *Nanotecnología, salud y bioética. (Entre la esperanza y el riesgo)*. Es coordinador del Grupo de Investigación Social en Nanotecnología (GRISON) desde su creación en 2009 hasta la actualidad. Correo electrónico: jcozar@ull.es.

¿UNA COSMOPOLÍTICA DE LO SALVAJE?
LA COMPOSICIÓN TÉCNICA DEL MUNDO NATURAL

The aim of this article is to very briefly examine a possible application of the cosmopolitical proposal by I. Stengers and Bruno Latour to *rewilding*: the process of returning previously modified places that have been “domesticated” by humans to their “natural”, wild condition. The clash of visions, knowledge, skills and practices that occur around rewilding initiatives provide a clear illustration of what the cosmopolitical project represents by offering an analysis, without naiveté, of the techno-scientific composition of the natural world. The proposal offers some clues that can lead to a better understanding and composition of the places we inhabit or wish to transit, at the intersection of the technical and the natural.

KEYWORDS: cosmopolitics – rewilding – practices – techniques – composition – wilderness

INTRODUCCIÓN ¹

“Lo más vivo es lo más salvaje”
(Henry David Thoreau, *Walking*)

La propuesta principal que se hace en este trabajo es la de ensayar una elucidación mutua de la cosmopolítica stengersiana y el concepto y práctica de *rewilding*. Procuraremos mostrar que el choque de visiones, conocimientos, técnicas y prácticas que se produce alrededor de las iniciativas de *rewilding* constituye una ilustración esclarecedora de lo que el proyecto cosmopolítico representa, en especial lo que tiene de (re) composición –de instauración y “restauración”– de la relación humana con el mundo natural. Ello ha de perseguirse a partir de una concepción desprovista de ingenuidad de las prácticas asociadas al *rewilding* y más en general a la restauración ecológica, superando insostenibles concepciones “realistas” de una ciencia ya periclitada, o, alternativamente, visiones “románticas”, reconvertidas en “ecologistas”, sobre el potenciamiento de ciertas dimensiones de los seres humanos mediante el contacto con la naturaleza. La vinculación entre seres humanos y entornos naturales pasa insoslayablemente por una intervención técnica informada por los conocimientos científicos disponibles, en un proceso incesante de co-producción de lo natural y de lo social. Ahora bien, el conocimiento científico y la tecnología, que se encuentran en la base de las actitudes

¹ El autor agradece a Andrés Núñez Castro y a José Díaz Cuyás la lectura atenta que han realizado del texto, lo que ha propiciado su mejora; a este último, además, agradece su sugerencia de explorar una posible relación del *rewilding* con la práctica artística. También agradece a dos revisores anónimos y a los editores sus útiles comentarios respecto a la estructura, estilo y contenido del artículo.

occidentales modernas de dominación y control de la naturaleza (así como de una cierta definición de la misma) deberían ayudarnos en el presente a recomponer los vínculos con lo natural, a la par que nos proporcionan conceptualizaciones menos hiper-objetivadoras e instrumentales de dicha realidad natural. Siguiendo a Stengers, esa intervención tecno-científica ha de alejarse de la tecnociencia como negocio y como apropiación despiadada de todas las esferas de la realidad. En su lugar, la composición de un mundo común ha de ser respetuosa con las diferencias, desterrando una mirada reduccionista y falsamente universalizadora.

Tras esta somera introducción, comenzaremos por definir y caracterizar el *rewilding*, comparándolo con el concepto de restauración ecológica y mostrando los problemas que presenta su traducción a nuestro idioma. A continuación, procuraremos justificar la afirmación según la cual el *rewilding* y el planteamiento cosmopolítico de Stengers (y de Latour) pueden propiciar una interesante elucidación recíproca. Este último puede ayudar a comprender y a orientar mejor las prácticas de *rewilding*, mientras que éstas pueden, por su parte, contribuir a aclarar y fijar la propuesta stengersiana. En la siguiente sección, nos extenderemos sobre las luces y sombras del *rewilding*, desgranando los planteamientos de una sugerente obra de George Monbiot dedicada a esta materia. Posteriormente, habremos de tomar conciencia de las principales paradojas que surgen cuando se manejan dicotomías como lo social y lo natural, lo domesticado y lo salvaje, la intervención técnica y la preservación de los espacios naturales, abogando por un enfoque pragmático que nos permita reconciliar aparentes opuestos. Por último, se ahondará en una posible lectura cosmopolítica de cierto anhelo de lo salvaje, desde una actitud carente de ingenuidad, que busca integrar y componer diversas prácticas concernientes a la relación de los seres humanos con el mundo natural. El texto se cerrará con una breve conclusión donde recapitularemos las principales tesis presentadas.

CONCEPTUALIZACIÓN DEL REWILDING

“Se dice, mi querido amigo, que es justo abogar hasta en defensa del lobo”
(Platón, Fedro)

Una iniciativa de *rewilding* persigue, fundamentalmente, conseguir que una zona, un área, un espacio, un lugar, un paisaje, se conserve salvaje, se convierta en salvaje, o torne a serlo². Desde un punto de vista, el *rewilding*

2 Se nos permitirá un uso laxo, como si fueran intercambiables, de términos tales como “espacio”, “lugar”, “zona”, “área”, “territorio”, “hábitat” o “paisaje”. En la literatura académica y técnica están bien establecidas las distinciones entre ellos, o cuando menos son

es un tipo de restauración ecológica, concepto más amplio que incluiría a aquél; desde otro punto de vista, cabe argumentar que se trata de dos cosas distintas, debido a que el *rewilding* hace hincapié en el elemento “salvaje” que hay que conservar o restaurar, y frecuentemente, propone hacerlo mediante la introducción de grandes animales (herbívoros o carnívoros).

Estrictamente hablando, si tenemos en cuenta que antes de la acción humana (principalmente a partir del neolítico), el planeta estaba integrado tan solo por espacios salvajes, siempre se trataría de retornar a, de recuperar, ese estado silvestre en el que un lugar se encontraba en algún momento del pasado. El grado de fidelidad del espacio asilvestrado a la configuración ecosistémica concreta que tenía “originalmente” es un asunto problemático, sobre todo si tenemos en cuenta que los ecosistemas no se han mantenido siempre estables, invariables. Cada vez sabemos con más precisión cómo se han ido transformando, desde que surgió la vida sobre la Tierra, como consecuencia de los cambios en el clima y de otras causas.

El *rewilding* consiste en conservar o proteger los elementos salvajes para que prosperen o bien, más frecuentemente, en restaurar un espacio (terrestre o acuático) para que retorne a su (supuesto) estado salvaje. Puede implicar —pero no necesariamente— una acción técnica sobre un área, por ejemplo (re)introduciendo especies silvestres o eliminando barreras físicas y estableciendo “corredores” para facilitar los desplazamientos de los miembros de una especie. Pero solo con dejar de actuar sobre un lugar se puede propiciar el proceso de asilvestramiento, como cuando se deja un terreno sin cultivar ni “limpiar” y comienza a ser colonizado por las plantas y animales del entorno. En todo caso, la restauración ecológica (*rewilding* incluido, de ahí la “re” del término) es una actividad deliberada consistente en iniciar o acelerar la recuperación de un ecosistema, ecosistema que con frecuencia ha sido degradado, dañado, transformado o totalmente destruido como resultado directo o indirecto de las actividades humanas³. Esa “asistencia” puede ser de muchos tipos y alcanzar muy diferentes grados: desde abstenerse de hacer algo (digamos que dejar que la naturaleza siga su curso y el asilvestramiento se produzca por sus propios medios), hasta intervenir a gran escala en un espacio mediante plantaciones masivas y suelta de ejemplares salvajes, o incluso de creación de nuevas configuraciones físicas y ecosistémicas como son los espacios

motivo de discusión. Véase por ejemplo ROGER, Alain. *Breve tratado del paisaje* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013). Pero tenerlas presentes ahora complejizaría todavía más el ensayo que estamos llevando a cabo en este breve texto, sin aportar ventajas de relevancia en lo concerniente a su sentido principal.

3 SOCIETY FOR ECOLOGICAL RESTORATION (SER) INTERNATIONAL, Grupo de trabajo sobre ciencia y políticas. *Principios de SER Internacional sobre la restauración ecológica*. [Consultado en línea 29 de noviembre de 2014]. Disponible en: <http://www.ser.org/docs/default-document-library/spanish.pdf>.

acuáticos (lagunas, marismas, playas, etc.). Por tanto, hay varias estrategias disponibles, siendo lo importante para el argumento aquí defendido la idea de una gradación o escala donde no hay contradicción entre preservar un espacio “intocado” o intervenir para restaurarlo, sino que se trata de dos polos (dos extremos) en un continuo.

El *rewilding* incide en la protección, recuperación o restauración de hábitats o de ecosistemas completos. A menudo conlleva la “reintroducción” de especies que previamente habitaban la zona. Alternativamente, se pueden introducir especies de las que no existe constancia histórica de su existencia en ese lugar (por ejemplo, bisontes en lugar de lobos). El *rewilding* descansa en conocimientos paleo-ecológicos recientes, que muestran que zonas aparentemente naturales han sido producto de la transformación humana en tiempos históricos y prehistóricos⁴. En esta línea, apunta a la extinción de la megafauna en todos los continentes debido a la acción de cazadores humanos. Por ello, un elemento importante de muchos proyectos de *rewilding* es la reintroducción de grandes animales, entre ellos depredadores como el lobo, ya que se tiene constancia de los efectos en cascada beneficiosos para las poblaciones que constituyen sus presas y los animales y plantas de los que ellas, a su vez, se alimentan, contribuyendo por tanto a la mejora de la situación del ecosistema en su conjunto.

Adoptando ciertas cautelas, “*rewilding*” y “restauración ecológica” (“ecological restoration”) pueden emplearse indistintamente. El polémico zoólogo, periodista y activista George Monbiot, comprometido teórica y prácticamente con el *rewilding*, lo define simplemente como la “restauración masiva de los ecosistemas” (“the mass restoration of ecosystems”)⁵. Ahora bien, como se acaba de precisar, el *rewilding* implica casi siempre la introducción en una zona de animales de gran tamaño (herbívoros o, preferentemente, depredadores), por el rol o función clave que desempeñan en un ecosistema y, asimismo, por el hecho de que suelen requerir una significativa extensión de territorio para que sus poblaciones se mantengan. En el caso de que la especie no se encuentre extinta y de que no existan otro tipo de impedimentos, se puede proceder a su reintroducción. En caso contrario, se selecciona una especie que cumpla una función análoga. En cambio, la restauración ecológica agrupa una serie de acciones más amplias y heterogéneas, que frecuentemente incluye la plantación de especies vegetales⁶. Lo que más nos

4 Ya SCHAMA, Victor, en *Landscape and Memory* (Nueva York: Vintage, 1996), presentaba numerosos ejemplos de esta falta de identificación correcta, por decirlo así, de un lugar, y extraía algunas conclusiones polémicas de ello, cercanas al constructivismo social. Discutiremos algunas de ellas indirectamente en las páginas que siguen.

5 MONBIOT, George. “A Manifesto for Rewilding the World” en *The Guardian*, 28 de mayo de 2013. [Consultado en línea: 29 de noviembre de 2014]. Disponible en: <http://www.monbiot.com/2013/05/27/a-manifesto-for-rewilding-the-world/>.

6 El autor agradece a José María Fernández Palacios estas matizaciones.

interesa del *rewilding* es su énfasis en retornar al estado salvaje: La protección o restauración de áreas cuya configuración actual es el resultado de la acción humana, como son por ejemplo los espacios transformados por las prácticas ganaderas y agrícolas, se considera un mal menor, una acción a medias o incluso una especie de engaño por los proponentes del *rewilding*.

Concluiremos esta sección con unas precisiones terminológicas: la traducción de “rewilding” al castellano presenta algunos problemas, sobre todo porque el diccionario de la Real Academia Española (22.^a edición) no recoge palabras tales como “asilvestramiento”, o “asalvajado”, que sin embargo, son usadas a menudo por los hablantes en estos y otros contextos⁷. Solo aparecen en él las palabras “asilvestrado” y “asilvestrarse” (y esto además con connotaciones negativas: “volverse inculto, agreste o salvaje”). Por ello, para aludir a la práctica o iniciativa que nos ocupa, se optará en la mayoría de los casos, como de hecho ya estamos haciendo, por emplear el término original en inglés, al que se antepondrá el artículo definido masculino singular (“el *rewilding*”). Ocasionalmente, emplearemos la expresión “restauración ecológica”, teniendo siempre presente los matices que distinguen este concepto del de *rewilding*, matices que hemos introducido previamente.

Si en definitiva el *rewilding* consiste en retornar a “lo salvaje”, se plantea la pregunta obvia: ¿qué es lo salvaje? La RAE nos da varias opciones: 1. plantas no cultivadas, silvestres. 2. Animal no doméstico, generalmente feroz (esto es: fiero, agresivo). 3. Terreno montañoso, áspero, inculto. 4. Sumamente necio, terco, zafio o rudo. 5. Se decía de los pueblos primitivos y de los individuos pertenecientes a ellos. 6. Dicho de una actitud o de una situación: que no está controlada o dominada. 7. Cruel.

Las acepciones 1, 2 y 3 encajan razonablemente bien con la idea de *rewilding*, aunque con matices, ya que muchos animales tenidos por fieros y agresivos no lo son, o no lo son en el grado que tradicionalmente se ha supuesto. La 4 puede encajar o no, dependiendo de las calificaciones y descalificaciones que los actores efectúen en la controversia. La acepción 5 nos enfrenta de lleno a la visión moderna de “los otros”. A la antropología universalista-colonialista opondrán Stengers, Latour, Monbiot y muchos más autores una celebración de las distintas prácticas, el reconocimiento de una “multiplicidad de mundos”. La 6 es interesante porque apunta a una cuasi-paradoja en el *rewilding*: el uso del control (técnico) para llegar al descontrol (“natural”), o dicho de otra manera, el grado de control (o de descontrol) buscado. Por último, la acepción 7, relativa a la crueldad, es proyectada en la historia de la Humanidad hacia una naturaleza

7 Por ejemplo, el sitio web del Comité Español de la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza), al hablar de la iniciativa Rewilding Europe, emplea “asilvestramiento” como traducción de “rewilding”. [Consultado en línea: 29 de noviembre de 2014]. Disponible en: <http://www.uicn.es/content/view/524/32/lang,spanish/>.

llena de peligros, reales o imaginarios, de bestias salvajes, de monstruos (“feral”, palabra más bien en desuso en el idioma español, significa “cruel, sangriento”). Desde hace comparativamente poco tiempo, la palabra “cruel” es pronunciada por cada vez más personas para referirse al (mal) trato que los seres humanos dan a los animales — domésticos, domesticados o salvajes — y a la naturaleza en su conjunto.

EL *REWILDING* COMO CAMPO DE EXPERIMENTACIÓN PARA LA PROPUESTA COSMOPOLÍTICA

A nuestro juicio, el cruce de diversas prácticas que constituye lo que se conoce como *rewilding* constituye un terreno idóneo para la aplicación de los planteamientos cosmopolíticos de Stengers. Más aún: se trata de una elucidación mutua, es decir, el *rewilding* también puede ayudar a aclarar y fijar la propuesta stengersiana. Justificar esta afirmación supone dedicar una o dos palabras —lo imprescindible para nuestro propósito— a la “propuesta cosmopolítica”, en la formulación ya clásica que de la misma hizo Isabelle Stengers hace ya más de tres lustros⁸.

La de Stengers es una invitación, ante todo, a cultivar la resistencia ante un futuro presentado por el capitalismo como ineluctable⁹. Se trata de un futuro donde se habrá consumado la destrucción o tergiversación capitalista de las prácticas. La diversidad y heterogeneidad de las prácticas, sus particularidades, su riqueza, su creatividad, los riesgos que asumen, las incertidumbres que afrontan, todo ello es y será cada vez más sometido al control de una “lógica” que solo busca el provecho económico bajo una máscara universalizadora. Frente a esa lógica, Stengers nos estimula a pensar en las prácticas (científicas y no científicas, técnicas, ya sean tradicionales, “indígenas” y modernas, etc.) en términos de sus relaciones “ecológicas”. De modo que si se nos propone investigar la “ecología de las prácticas”, sean del tipo que sean, con sus específicos requisitos y obligaciones, ¿no tendrá sentido ensayar una ecología de las prácticas de la ecología, de las prácticas ecológicas y conservacionistas como tales?

8 Todas las traducciones de los textos citados de Stengers son del autor y provienen de la edición inglesa recogida en la bibliografía a menos que se indique otra cosa. Véase STENGERS, Isabelle. *Cosmopolitiques*, 7 vols. (Paris: La Découverte, 1996/1997). (Versión inglesa: *Cosmopolitics*, 2 vols., Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010/2011.) Se cita indicando en primer lugar el volumen (I, II) y a continuación el número de página. Véase también una exposición algo más reciente y condensada de la propuesta en STENGERS, Isabelle. “The Cosmopolitical Proposal” en B. Latour y P. Weibel (eds.). *Making Things Public. Atmospheres of Democracy* (Karlsruhe y Cambridge, Ma: MIT Press y ZKM, Center for Art and Media, 2005), 994-1003.

9 Este párrafo es una rápida síntesis de lo expuesto en las páginas iniciales de *Cosmopolitiques*.

La cosmopolítica expresa la “mera posibilidad de la paz”, de una consistencia o incluso convergencia entre las prácticas, cuando en la actualidad pareciera que solo se da la confrontación. Por variados motivos, algunos de los cuales serán examinados más abajo, el *rewilding* constituye un terreno abonado para la controversia y el conflicto, pero que también está abierto a la coherencia, a la composición de actores, entes y prácticas, a la articulación de elementos diversos, a la posibilidad, en suma, de un acuerdo no sujeto a las presiones supuestamente democráticas de una política que se encuentra en sus horas más bajas. Siempre teniendo presente, eso sí, que la paz obtenida será local, precaria y constituirá materia de invención (II, 387).

El conocimiento científico tiene —nadie lo podrá poner en cuestión— un tratamiento enormemente sofisticado en la obra de Stengers. Es un conocimiento que se afirma en la especificidad de sus requisitos y obligaciones, “fabricando” sus objetos en el laboratorio (sus “factishes”, en expresión que toma de Bruno Latour) (I, 23) o desplegando su “tacto” sobre el terreno, como sucede con las investigaciones no experimentales, de campo (II, 277ss.). Lo decisivo, a nuestro entender, es que se trata de un conjunto de prácticas que, por el mero hecho de ser científicas, no pueden reclamar el situarse por encima de otras ya sea en el plano cognitivo, ya en el moral. Los investigadores y los expertos tienen su lugar en el espacio cosmopolítico siempre que sean conscientes de que su arrogancia moderna está fuera de lugar. A partir de ahí, se pueden establecer unas relaciones fascinantes entre las prácticas científicas, las prácticas técnicas de diverso género y el resto de prácticas en y sobre un terreno.

El *rewilding* es un fenómeno prometedor en ese sentido. El conocimiento que se está desarrollando sobre la “ciencia” del *rewilding* (una suerte de biología de la conservación), y que dio el impulso inicial a los proyectos de asilvestramiento, evoluciona ahora, a su vez, gracias a la experimentación y observación derivadas de las prácticas de *rewilding* en espacios concretos a lo ancho del planeta —siempre con las limitaciones impuestas por las incertidumbres que el despliegue de dichas prácticas introducen—. La investigación científica experimental se combina con la investigación histórica, con la investigación sobre el terreno y con las prácticas sistemáticas modernas, las tradicionales y hasta las acciones más o menos espontáneas de conservación y restauración ecológica (como cuando a alguien se le ocurre replantar de árboles un yermo que acaso ni tan siquiera sea de su propiedad, sin más guía que su entusiasmo y la experiencia que va adquiriendo con el tiempo).

La coexistencia de múltiples prácticas alrededor de la realidad del *rewilding* no tendría que ver con la tolerancia cargada de suficiencia de la que en ocasiones hace gala el pensamiento “tecnocientífico” moderno, tolerancia que Stengers aborrece hasta el punto de calificarla de “maldición” (II, 303ss.), pero tampoco con un escepticismo irónico y desencantado que en cuestiones

ambientales puede acarrear peligrosas consecuencias. Por lo demás, no nos aboca al “supernaturalismo romántico”, a imaginar una realidad colmada de entidades misteriosas, feéricas, transitando entre este mundo y el más allá. ¿Qué margen ofrece el *rewilding* para el “reencantamiento” del mundo sin deslizarse hacia uno u otro extremo? De acuerdo con sus defensores, el *rewilding* nos implica en, y compromete con una relación más activa con el medio natural. El contacto con la naturaleza en general, y la acción física en el entorno en particular, agudiza nuestra atención hacia entidades y fenómenos que nos suelen pasar desapercibidos, aumentando nuestra sensibilidad, nuestra conciencia de lo que nos rodea, y hasta favoreciendo nuestra intimidad con los seres no humanos. En los mejores momentos, al rescatar dimensiones importantes de la realidad natural (lo salvaje) y humana, puede ayudar a “reconciliarnos” con el mundo natural; tal vez también con el mundo social y hasta con nosotros mismos.

Además, el *rewilding* nos ofrece la posibilidad de observar “en directo” ciertas tentativas de *composición* de un mundo común, respetuoso con las diferencias, que no impongan una mirada reduccionista y universalizadora. Resulta innegable la centralidad de esta idea en la propuesta de Stengers (y de Latour). La posibilidad de coexistencia de un colectivo, de una multiplicidad de prácticas, de seres, de mundos, tendiendo eventualmente a la composición de un mundo común, es la que únicamente cabe afirmar en el espacio cosmopolítico.

En resumen, el *rewilding* reúne numerosos “ingredientes” idóneos para el análisis cosmopolítico, al cruzarse en su práctica con una diversidad de prácticas modernas, premodernas y amodernas; al permitir una interacción posible entre conocimientos científicos (ciencias biológicas, físicas y químicas, geología, geografía, sociología, antropología, psicología, humanidades, etc.) y no científicos (conocimiento tradicional, local, vernáculo, indígena), las técnicas (de cultivo, restauración, “gestión”, etc.), los valores desarrollistas y conservacionistas, los conflictos y negociaciones entre expertos, “diplomáticos” (II, 373ss.), afectados y otros actores sociales o “stakeholders”.

Esa promesa del *rewilding*, evidentemente, no se encuentra exenta de riesgos. Los riesgos son algo que —Stengers lo sabe bien— van de la mano de las prácticas. En ocasiones hay que arriesgarse, nos dice la filósofa belga, y en otras, ser más cautelosos. Trataremos algunos de esos riesgos en las siguientes secciones. En todo caso, el mayor riesgo en la actualidad lo representan las prácticas capitalistas relacionadas con la “economía del conocimiento”. La lógica capitalista no puede ser civilizada porque no busca el establecimiento de relaciones, sino la explotación de oportunidades¹⁰. La

10 Véase la conferencia impartida por Stengers en Marzo de 2012 en la Saint Mary’s University, titulada “Cosmopolitics: Learning to Think with Sciences, Peoples and Natures”, donde resume su postura. Por cierto que en ella se define como constructivista y pragmático. Su constructivismo no es, por supuesto, un constructivismo social, del que tanto se abusó en

bioeconomía, en nombre del negocio, es capaz de manipular impudicamente cualquier dimensión de la vida¹¹. Y no nos olvidemos de las “tecnologías convergentes”, que hacen gala de una interdisciplinariedad bajo la que se esconde un reduccionismo reforzado por los éxitos obtenidos en el control de la materia inerte y viva a escalas microscópicas y nanoscópicas¹². No es casual el resurgir del ideal de dominio absoluto sobre la naturaleza al que asistimos desde hace algún tiempo. Habría mucho que escribir sobre estas gravísimas amenazas, pero es forzoso dejarlo para mejor ocasión.

Así pues, resumiremos lo dicho en esta sección con un par de símiles fáciles: desde el punto de vista cosmopolítico, el *rewilding* representa un maravilloso campo de experimentación, un área feraz para ser explorada.

HACIA RUTAS SALVAJES. EL REWILDING SEGÚN MONBIOT¹³

George Monbiot publicó en 2013 una obra llamada *Feral. Searching for Enchantment on the Frontiers of Rewilding*¹⁴. *Feral* es un texto idóneo para quien desee centrar su atención en los pros y contras del *rewilding*, para aplicar al contenido extraído de sus páginas el “destilado” cosmopolítico de Stengers. El espacio disponible es limitado y ello nos impide “cruzar” con cierto detalle las afirmaciones de Monbiot contenidas en *Feral* con las que Stengers mantiene en *Cosmopolitiques*, y más en concreto, en los últimos capítulos del segundo volumen. Téngase por tanto en cuenta que estas líneas responden tan solo a una intención de exploración preliminar de un campo muy extenso y con múltiples estratos en los que ahondar.

El *rewilding* se sustenta en el valor de la diversidad trófica, en la extensión de las interacciones ecológicas dinámicas¹⁵, lo que ocasiona un

tiempos. Su pragmatismo alude a los autores clásicos, como William James en su insistencia en el establecimiento de conexiones entre elementos heterogéneos Véase JAMES, William. *A Pluralistic Universe* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977, edición original de 1909). A nuestro entender, ese reconocimiento justifica el riesgo de hacer una aplicación pragmatista de la cosmopolítica de Stengers al *rewilding*. La conferencia se encuentra disponible en el link: <https://www.youtube.com/watch?v=ASGwo02rh8>.

11 PAVONE, Vincenzo. “Ciencia, neoliberalismo y bioeconomía” en *Revista CTS*, N° 20, vol. 7, Abril (2012): 145-161.

12 DE CÓZAR, José Manuel. “Cosmopolítica de las tecnologías convergentes” en *Cosmópolis* IX(2), 2013. [Consultado en línea: 29 de noviembre de 2014]. Disponible en: http://www.cosmopolis.globalist.it/Detail_News_Display?ID=68666&typeb=0&SOMMARIO-IX-2-2013

13 Tomo prestado para esta sección el bello título de la obra literaria de Jon Krakauer (que dio lugar a una película con el mismo título). Así se “tradujo” al castellano la no menos bella expresión inglesa “Into the wild”.

14 MONBIOT, George. *Feral. Searching for Enchantment on the Frontiers of Rewilding* (Londres: Penguin Books, 2013).

15 *Ibid.*, 84.

ecosistema más rico que aquél que ha sido alterado por el ser humano, quien normalmente selecciona un pequeño número de especies en su propio provecho o simplemente porque considera que así el espacio intervenido está más “limpio”, más “ordenado”. La riqueza biológica, la biodiversidad obtenida por los procesos de *rewilding* es defendible en sí misma (digamos por su valor intrínseco) pero también por los beneficios físicos y psicológicos que reporta a nuestra especie, que es la postura de Monbiot¹⁶. Los estudios de los ecosistemas pretéritos muestran que nuestros antepasados, a pesar de su escaso número y de su rudimentaria tecnología, cuando colonizaban un nuevo lugar tendían a destruir en poco tiempo la vida animal, especialmente a los grandes animales. Monbiot nos pide que no sigamos esa tradición, ahora que nuestra tecnología es tan poderosa e intrusiva. Debemos auto-limitarnos, ser cautos en nuestras intervenciones sobre el entorno¹⁷.

Por supuesto, existe el peligro de que el *rewilding* de la naturaleza y de los seres humanos termine convirtiéndose por completo en *business as usual*, que no quede ni un resquicio para otras prácticas que no estén sometidas a las exigencias de la obtención de beneficios económicos. No parece traicionar la filosofía de Stengers mantener que el capitalismo moderno tiende a la domesticación de nuestras prácticas, a convertirlas en algo inofensivo para el “sistema” y además en una oportunidad de negocio. Ese es, pues, un riesgo evidente del *rewilding*. Reducirlo a un escape de fin de semana para el habitante de la gran ciudad, quien contrata unos servicios (alojamiento, transporte, guía) para dar un paseo por el bosque e intentar avistar a los huidizos lobos. Por descontado, el escape ocasional hacia lo natural puede ser un componente perfectamente legítimo dentro de la cosmopolítica del *rewilding*. Sería irrisorio instaurar una policía que investigara las actitudes mentales de los visitantes de un espacio natural para asegurarse de que son puras, correctas, apropiadamente imbuidas de salvajismo ecologista. Es legítimo promover el *rewilding* apelando a diversas actividades turísticas y de ocio (excursiones, paseos en bicicleta y a caballo, observación de la naturaleza, kayak, etc.), que incentiven a los habitantes locales y a otros actores sociales, siempre que esas actividades encuentren un encaje en el conjunto de las prácticas asociadas al *rewilding*, que contribuyan a componer una cosmopolítica de lo salvaje y no a deshacerla.

Los límites de esas prácticas de entretenimiento al aire libre en zonas no urbanas vienen dados por la defensa de otras prácticas de las que se podría argumentar su prioridad. Hasta el mismo Monbiot, a pesar de su entusiasmo por el *rewilding*, advierte que, como todas las visiones, debe ser cuestionado

16 *Ibid.*, 179.

17 *Ibid.*, 6. Ello se asemeja a la advertencia de Stengers en el sentido de no arrostrar inexorablemente la ira de Gaia por nuestras acciones (e inacciones).

constantemente¹⁸. Debe realizarse con el consentimiento y la colaboración de quienes habitan el lugar. Nunca debe ser empleado como un instrumento de expropiación o para desposeer a las personas de sus recursos vitales. Las campañas de *rewilding* forzoso han producido tragedias a lo ancho y largo del mundo. El *rewilding* debe realizarse para mejorar el mundo en el que vivimos, y “no en nombre de esa abstracción que llamamos Naturaleza”¹⁹.

Por ello Monbiot sugiere en su libro varias maneras de responder a las preocupaciones válidas que agricultores y otros colectivos expresen sobre un proyecto de *rewilding*, para que la gente afectada participe de buen grado, ya sea mediante compensaciones y subsidios justos (y no los que se otorgan a grupos ya privilegiados), nuevos trabajos, mejora de la accesibilidad a las zonas, nuevas actividades recreativas, etc. Hasta la caza y la pesca pueden ser autorizadas bajo ciertas condiciones. Al igual que Latour, Monbiot combate la visión purista defendida por ciertos grupos ecologistas, basada en separaciones y prohibiciones para los seres humanos, junto con un control férreo sobre los espacios protegidos para que el mundo natural no se desordene, no crezca en aparente confusión²⁰. Numerosas prácticas conservacionistas, ya sean de la administración pública, ya promovidas por los activistas y hasta por los científicos, parten de un razonamiento circular: conservar las especies que son el resultado de la intervención humana, porque eran las existentes en el momento en el que se observó el lugar a conservar²¹. Así pues, muchas políticas conservacionistas se refuerzan a sí mismas en una especie de círculo vicioso. Añadamos a la crítica de Monbiot que los patrones culturales dominantes, junto con la ciencia y la tecnología disponibles en cada momento, proyectan una visión o interpretación única, y a menudo distorsionada, sobre un espacio. En cambio, el *rewilding*, si no se convierte en dogma de fe, favorece la diversidad de interpretaciones y de prácticas, porque acepta la indeterminación inevitable en el conocimiento, la pluralidad de valores, la simbiosis de técnicas, el enfoque caso por caso, la hibridación de las prácticas. Valdría la pena, así pues, estudiar con detenimiento los requisitos y obligaciones que conlleva el *rewilding* y las prácticas asociadas.

Ello no nos debe hacer olvidar que el *rewilding* (o la restauración ecológica en general) es un terreno propicio para la polémica, como las que surgen en torno a la autenticidad de los espacios restaurados, las decisiones sobre a qué periodo anterior hay que retrotraer el lugar, la legitimidad de la compensación ecológica (destruir aquí para repoblar allá), la eficacia de las políticas que se diseñan basándose en el conocimiento científico disponible, la fiabilidad del

18 *Ibid.*, 12.

19 *Ibid.*, 13.

20 *Ibid.*, 210.

21 *Ibid.*, 217.

mismo, la representatividad de quienes participan en la toma de decisiones, el alcance de los derechos de uso del terreno de las comunidades locales, el peligro que para la seguridad de los seres humanos implica reintroducir determinadas especies, o qué cataloga a una especie como no deseada, entre otras controversias que se podrían añadir a esta improvisada lista.

La cosmopolítica del *rewilding* constituye un terreno selvático tan seductor como repleto de trampas y de amenazas. Verdaderamente requiere la figura de una diplomática-exploradora de las mejores que Stengers ha imaginado. Ha de llegar cargada de recursos al conflictivo mundo de Monbiot, donde sobran las ovejas y los desencuentros, mientras puede acabarse echando en falta la compañía de los lobos.

VIÉNDOSÉLAS CON DICOTOMÍAS Y PARADOJAS

“Abandonaré la vecindad de los hombres y habitaré los lugares más salvajes de la Tierra”.

(Mary Shelley, *Frankenstein o el moderno Prometeo*)²²

Llegados a este punto, es inevitable encarar algunas dicotomías y paradojas (o cuasi paradojas) bastante enojosas.

En primer lugar, ¿cómo puede haber una política (sea con el prefijo “cosmo” o no) de algo (lo salvaje) que por definición se halla fuera de la política? Aquí Latour nos ofrece el análisis y la vía de solución: la política ha convertido la naturaleza en lo otro, oponiéndolo a la cultura, a lo humano. Lo salvaje es algo que había que dejar “fuera”, más allá de los muros de las ciudades y de las alquerías, o bien domeñarlo, convirtiéndolo en campo de cultivo, en animal de granja; incluso llegar a destruirlo casi por completo, para sustituirlo por entornos urbanos. Debido a sus buenas intenciones, el pensamiento ecologista tradicional ha mantenido en lo esencial esa distinción en tanto ha intentado preservar la naturaleza del alcance de la acción humana, supuestamente dañina para el mundo natural en la práctica totalidad de los casos. Si se denuncia lo erróneo y absurdo de esta separación, veremos que lo natural, lo salvaje, entra en la política —y siempre ha entrado— en la medida en la que no persistamos en manejar concepciones esencialistas

22 La criatura creada por la ciencia de Victor Frankenstein domesticando las leyes naturales para ir precisamente contra el “orden de la naturaleza” comienza en su desamparo siendo una especie de “niño salvaje” y hasta de “buen salvaje”. Forzada a huir del trato con los seres humanos, termina convirtiéndose en un monstruo lleno de salvajismo debido a dos cosas: su solitario exilio en parajes naturales y el conocimiento amargamente adquirido de los peores atributos de la naturaleza humana, como son nuestra capacidad para el odio, la violencia y la crueldad.

de estos conceptos²³. Probablemente Monbiot, a pesar de las palabras citadas anteriormente donde ponía en tela de juicio la “abstracción llamada Naturaleza”, protestaría por la celebración que Latour hace del “fin de la naturaleza”²⁴. Haremos en todo caso una interpretación benevolente de esta celebración. Poner en cuestión un cierto número de opuestos que, como dice Latour, comienzan con letra mayúscula, que han sido dominantes en el pensamiento occidental y perniciosos en líneas generales, no equivale a borrar toda distinción entre el mundo humano y el mundo natural. Reconocer las interacciones implica que hay algo distinguible que interactúa, que se está co-produciendo o componiendo. En este caso, lo que se está co-produciendo es lo salvaje —el bosque primigenio, el bisonte, las migraciones masivas de salmones— y, en expresión de Stengers, un nuevo “tipo psicosocial” de ser humano: el habitante proveniente de zonas urbanas (como George Monbiot o David Abram), quien, metido a activista, huye de la ciudad y se compromete en acciones de restauración ecológica porque desea “asilvestrarse” y de paso asilvestrar un poco a sus hijos²⁵. Como sucede con los microorganismos que descubre-fabrica Pasteur, del neutrino y de otros conocidos ejemplos de Latour y de Stengers, lo natural y lo salvaje, una vez así “fabricados” por el ser humano, se proyectan hacia un pasado que puede llegar a ser prehumano. Lo salvaje lo inventamos quienes nos tenemos por civilizados²⁶ y al mismo tiempo lo descubrimos en los restos de las excavaciones paleontológicas y, en su caso, arqueológicas. Igual lo podemos descubrir al poco de salir de casa —según dónde vivamos y cómo miremos—.

La principal paradoja procede de nuestro deseo de tenerlo todo a la vez. Queremos retornar a la naturaleza salvaje (o lo quieren al menos algunos, de

23 Véase LATOUR, Bruno. “Whose Cosmos? Which Cosmopolitics? A Commentary on Ulrich Beck’s Peace Proposal?” en *Common Knowledge* (2004a), vol. 10, issue 3 Fall: 450-462; LATOUR, Bruno. *Politics of Nature* (Cambridge, MA.: Harvard University Press, 2004b.); LATOUR, Bruno. “It’s Development, Stupid’ or How to Modernize Modernization”, 2008. [Consultado en línea: 29 de noviembre de 2014]. Disponible en <http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/107-NORDHAUS&SHELLENBERGER-GB.pdf>.

24 LATOUR, Bruno. “It’s Development, Stupid’ or How to Modernize Modernization”, 25 y ss. El fin de la naturaleza ha tenido una interpretación muy distinta en la obra ya “clásica” de Bill McKibben, puesto que no responde a una reflexión filosófica sino más bien a la constatación de un hecho, a todas luces negativo en la lectura del autor, a saber, la transformación a escala global del planeta debido a la acción humana. Véase MCKIBBEN, Bill. *The End of Nature* (Nueva York: Random House LLC, 1989).

25 La defensa de los beneficios del *rewilding* en los niños es cualquier cosa menos metafórica en Monbiot (véase MONBIOT, George. *Feral*, 167 y ss.). Básicamente consistiría en ponerlos en contacto el mayor tiempo posible con espacios naturales salvajes. Por su parte, Abram en su obra *Becoming Animal* pone a su hija como ejemplo y modelo de lo que constituiría una educación más o menos “natural” de los niños, quienes experimentan unas vivencias que los adultos deberían recordar y recuperar. Véase ABRAM, David. *Becoming Animal. An Earthly Cosmology* (Nueva York: Random House, 2010).

26 BARTRA, Roger. *El mito del salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011).

vez en cuando) pero sin caer en la ingenuidad de pensar que ese territorio que transitamos nos retrotrae a una condición edénica, que nos encontramos en un mundo virgen, primigenio, originario. En otras palabras, debemos preguntarnos si es concebible un mundo salvaje que no sea “puro”, sino que incorpore una dimensión técnica, y guiar nuestras prácticas de acuerdo con dicha concepción. El conocimiento y la técnica (convertida más tarde en tecnología y en tecnociencia), que en los mitos occidentales se encuentran en el origen de nuestra separación de la naturaleza, que supuestamente nos alejaron del “estado de naturaleza”, deben ayudarnos ahora a recomponer los vínculos con lo natural.

Si Stengers y la lectura pragmatista que de ella hacemos nos dicen precisamente que huyamos de las dicotomías excluyentes, y parece que toda la práctica del *rewilding* se basa en la dicotomía entre lo domesticado y lo salvaje, ¿cómo bregamos con esta paradoja? ¿Podemos tenerlo todo? ¿Ser refinados cosmopolitas sin renunciar a lo salvaje? Tal vez sí. La cosmopolítica nos dice: complica, no simplifica. El *rewilding* —y en general la restauración ecológica—, no simplifica, sino que complica, y mucho, puesto que articula y compone elementos muy heterogéneos en las prácticas relativas a un espacio. Los conceptos de lo salvaje y lo domesticado pueden contemplarse como casos límite, que nunca se van a alcanzar ni a dar en su “pureza”, pero que permiten una composición más o menos coherente de las prácticas existentes en —y productoras de— un lugar. Aquí el pragmatismo acude en nuestro auxilio: esos conceptos son ante todo guías para la acción. El significado de los mismos solo tiene relevancia si supone alguna diferencia en la práctica. Ahora bien, ¿qué mayor diferencia en la práctica puede representar concebir un espacio como salvaje o el desear que vuelva a serlo! Por supuesto, sabemos que necesitamos intervención técnica de algún tipo para conservarlo o para restaurarlo. Pero el margen del que se dispone es enorme. Podemos componer técnicamente el espacio mediante las técnicas relativas a la administración pública del territorio, a las técnicas geográficas, ecológicas, a las técnicas sociales de mediación entre los actores relevantes, y hasta a las técnicas de ingeniería y de arquitectura que sean precisas para reconfigurar físicamente dicha zona. Lo decisivo es el grado de intervención técnica. Desde el mínimo para acotar una zona a fin de que por sus propios medios se conserve o se haga salvaje hasta la restauración a gran escala de un paisaje, recreando lagunas, playas, bosques, etc. Siempre podrá surgir la polémica sobre si con este último tipo de actuación de algún modo se está “falseando” la naturaleza, al usar el artificio en lugar de respetar la génesis y la continuidad histórica de los elementos que componen un ecosistema²⁷. En cualquier caso, una vez realizada la intervención técnica de *rewilding*,

27 ELLIOT, Robert. *Faking Nature. The Ethics of Environmental Restoration* (Londres: Routledge, 1997).

comenzaría un proceso de “naturalización”, de “asilvestramiento” genuino de un territorio, y eso debería valerlos si lo comparamos con la alternativa – la degradación o destrucción de dicho territorio –.

Si proseguimos por esta vía, en la que nos metemos de lleno en las prácticas que conocemos por *rewilding*, nos encontramos una cuasi-paradoja que de alguna manera es prolongación de la anterior: la de “cultivar lo salvaje”. Se trata de administrar, de controlar, de dominar, de gestionar un terreno, con sus seres vivos – un hábitat y un ecosistema –, justamente para luego soltarlo, dejarlo ir, sin control humano, a su aire. Se emplea la técnica para no emplear la técnica. Supuestamente: pues siempre habrá algún grado deseable o necesario de control. Por ejemplo, ante la proliferación excesiva de una especie, probablemente se introducirá otra para controlarla. El arte del *rewilding* consiste en intervenir, en planificar, en organizar, en recurrir a la técnica en el grado necesario, ni más ni menos²⁸. Primero, probablemente, la intervención tenga que ser mayor, pero paulatinamente puede ir reduciéndose a un mínimo²⁹. Cabe plantear el reproche de que se nos está ocultando la intervención humana, disfrazada bajo un ropaje de naturalidad, y que a la postre poca diferencia existiría entre introducirse en un espacio salvaje sometido a técnicas de restauración y conservación ecológicas y prestarse a participar en el programa de aventuras ofrecido en un parque temático. Pues bien: en el espacio salvaje existe un riesgo auténtico de sufrir un daño físico debido precisamente a su condición salvaje y no por un mantenimiento negligente de las atracciones mecánicas. Quien en un bosque recóndito haya extraviado su sendero al anochecer entenderá lo que se quiere decir con esto.

28 Otra tarea que dejamos pendiente es la de indagar hasta qué punto el *rewilding* se encontraría cercano a ciertas prácticas artísticas, en tanto presenta un grado de espontaneidad y de creatividad que se asocia menos a la técnica tal y como usualmente la entendemos. Como siempre que se trata del pensamiento de Stengers, esta diferencia habría de ser muy matizada, ya que con “técnica” nuestra filósofa alude a un continuo de prácticas de lo más heterogéneo, con un altísimo potencial para el tratamiento creativo de los límites y de la incertidumbre.

29 En su crítica a ciertas iniciativas de *rewilding* Monbiot dice que hay quienes desean gestionar (*manage*) el *rewilding*, cosa que él ve como una contradicción (MONBIOT, George. *Feral*, 109). Ahora bien, si se lee *Feral* de principio a fin cabe inferir que lo que Monbiot critica es una intervención técnica continuada y de gran alcance, en lugar de su reducción paulatina, pero resulta ilusorio pensar que podría detenerse por completo, puesto que debería producirse siquiera para mantener algún tipo de separación entre las áreas sujetas al *rewilding* y las destinadas a usos agrícolas, industriales, urbanos o del tipo que fuere.

“NO DOMESTIQUEMOS LO SALVAJE.” ENTRE EL ANHELO ROMÁNTICO DE LO SILVESTRE Y EL IMPULSO COSMOPOLÍTICO DE MEJORES PRÁCTICAS EN Y CON LA NATURALEZA

“Cuando tras una hora y media de caminar a través de un bosque alcanzo la valla que lo separa de los campos circundantes —nos dice —, siento que algo que estaba justamente iniciándose —una profunda abstracción— es truncado de forma prematura. El descubrimiento y el asombro, la libertad con respecto al pensamiento estructurado que estaba comenzando a abrir mi mente, llega a un abrupto final”³⁰.

¿Qué es lo que podemos tomar en serio del anhelo de Monbiot, Abram y de otros de “asalvajarse” ellos mismos, “asalvar” a sus hijos y quizás al conjunto de la humanidad? ¿Qué hay de verdad en lo salvaje, tensionado entre lo que manejamos técnicamente como nuestro territorio y aquello que deseáramos permaneciera en la exterioridad?

Con estas cuestiones concluimos la aplicación de algunos elementos de la propuesta cosmopolítica al concepto de *rewilding* —que hemos arriesgado en estas páginas siempre con un carácter preliminar, tentativo, exploratorio, como un primer acercamiento a la materia—. Una cosmopolítica posible para nuestra relación con el mundo natural significa: componer y re-componer los lazos con la naturaleza; restaurar (ecológicamente) e instaurar (nuevas relaciones). Podemos recuperar experiencias y actividades pre-industriales, pre-modernas, en el entorno natural, así como inventar otras nuevas. A la vez, podemos dejar a la vida salvaje que respire un poco por su cuenta, permitir que manifieste su “espontaneidad” y su “autonomía”³¹.

Hay una lectura extraña, casi disparatadamente foucaultiana, que cabe hacer de lo que el *rewilding* tendría de cuidado de sí. Se nos propone “convertirnos en animales”, como plantea David Abram inspirándose vagamente en Deleuze, “cultivar” nuestro lado salvaje³². No tanto aceptando la invitación a pasear que nos hacía Lou Reed, como mediante una apertura a, o reencuentro con, posibilidades de experiencia que están ahí, aguardando, en nuestra “naturaleza animal” y en la exterioridad espléndida y a veces terrible del mundo salvaje. Restaurar (o si se prefiere, instaurar) una relación de intimidad que, sin por ello caer en romanticismos añorantes de un pretérito edénico, imaginamos que en algún momento de nuestro pasado se producía con más “naturalidad” que ahora. Cuando menos no tenía que luchar contra las barreras que multiplica nuestra tecnología moderna, creando otro entorno fuera y aparte del entorno natural. Según algunos autores, la apertura a lo

30 *Ibid.*, 183.

31 Y que lo haga, preferentemente, de una manera benigna con nosotros y no como una reacción más o menos violenta a nuestros ataques.

32 ABRAM, David. *Becoming Animal*.

salvaje tiene igualmente por objeto avivar nuestro sentido de lo maravilloso, conectándonos con otras dimensiones de la realidad humana y “más que humana” (Abram *dixit*). Habría que hacerlo con todas las cautelas, sin caer en la cursilería por la que en ocasiones se deslizan —sin cuestionar sus méritos literarios e intelectuales—, autores como el citado Abram, prestidigitador y filósofo, cuando nos describe su entrañable relación con una piedra³³; y sin ponerlo fácil a quienes acusen a los defensores del *rewilding* de no ser más que unos urbanitas aburridos en busca de emociones fuertes; algo más bien frívolo o incluso indeseable para la mayoría de la gente si se asocia a la imagen de un rico disfrutando de actividades “exclusivas” de turismo ecológico o, peor aún, yendo de montería.

Debería desarrollarse la “administración” o “gestión” (horribles palabras) de lo salvaje, o mejor dicho: el arte y la práctica de relacionarse con lo salvaje, de modo que se incrementen las posibilidades de las personas para contrarrestar la domesticación incesante a las que el poder las somete, de construirse creativamente a sí mismas, de experimentarse y expresarse con libertad en el encuentro entre su dimensión salvaje y la del entorno³⁴. Pero se nos presenta otra obligación a los que creemos que es factible y valioso seguir defendiendo la naturaleza, defenderla, eso sí, de una manera elaborada, desprovista de ingenuidad, conscientes de lo que sabemos sobre la “construcción” humana simbólica y física del medio, defenderla en la discusión teórica y en el compromiso práctico; se nos presenta la siguiente obligación: “practicar lo salvaje” sin que la intervención humana sobre el entorno, por bien intencionada que sea, produzca el efecto contrario al buscado, a saber, la paradójica domesticación de aquello que se promueve justamente por su condición salvaje. Habría que obtener un equilibrio (siquiera precario, como todo lo cosmopolítico) entre ambas cosas.

Hay una “verdad” en lo salvaje que va más allá de las construcciones sociales, de las proyecciones humanas sobre la naturaleza, de nuestras carencias afectivas y espirituales y de otras cosas de parecido género. Quizá sea oportuno citar aquí unas palabras de Michel Foucault:

“Se puede decir la verdad siempre que se diga en el espacio de una exterioridad salvaje; pero no se está en la verdad más que obedeciendo a las

33 *Ibid.*, 47-48.

34 Si dispusiéramos de más espacio sería interesante extenderse sobre esta lectura del *rewilding*, que lo conecta con las corrientes del llamado “anarco-primitivismo”, “ecoanarquismo” o “anarquismo verde”. La principal diferencia del enfoque que aquí se está sugiriendo en relación a esas corrientes políticas (que por lo demás presentan diversas variantes aunque coinciden en su hostilidad hacia nuestra actual civilización tecnológica) es que nuestra interpretación no prohíbe *a priori* que la ciencia y la técnica modernas puedan encontrar acomodo en un proyecto cosmopolítico de *rewilding* correctamente trazado.

reglas de una ‘policía’ discursiva que se debe reactivar en cada uno de sus discursos”³⁵.

Sucede entonces que esa verdad de lo salvaje en la que se está dentro del discurso sería inmanente (como todas las verdades, si retomamos la propuesta de Stengers). Siguiendo la lectura pragmática de *Cosmopolitiques*, diríamos que los hechos “fabricados” relacionan el poder de la verdad con un “evento práctico”, no con una dimensión trascendente, un mundo “exterior” al que las prácticas meramente darían acceso (I, 24). Científicos y no científicos pueden continuar con su deseo de construir-investigar esa verdad, siempre que no intenten arrogarse el acceso a una verdad que trasciende todas las otras verdades (I, 11) para poder imponerla al resto.

Así es como irán desplegándose nuevos modos de existencia (I, 10). El desafío es diagnosticar también en el *rewilding* y en cualquier interacción humana con la naturaleza “nuevos e inmanentes modos de existencia” de los que son capaces nuestras prácticas modernas³⁶. La cuestión entonces es qué modos de existencia podrían convivir, cuáles podríamos construir en común, con nuestras diversas prácticas, relativos a un lugar, a un espacio. Siempre con la advertencia de que el objetivo de la política del *rewilding* no sería tanto, en la lectura stengersiana, la búsqueda del consenso — un consenso forzado o fruto de “metodologías participativas” a la moda— como intentar ser completamente conscientes de las consecuencias de nuestras decisiones, ya conduzcan al consenso, ya al disenso o al conflicto. Lo que importa es la relevancia de las preguntas y de las consecuencias de adoptar uno u otro punto de vista.

En cualquier caso, los modos de existencia surgidos por y alrededor del *rewilding* serían “híbridos”, en parte “definidos”, en parte “construidos”; esto es, integrando la definición de una realidad que se observa con la construcción de una realidad que se quiere. Asimismo, promoveríamos modos, objetos o entidades³⁷ que desafiaran las consecuencias negativas

35 FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso* (Barcelona: Tusquets editores, 1992): 10. Agradezco a Domingo Fernández Agis que me llamara la atención sobre este párrafo del discurso de Foucault, lección inaugural pronunciada el 2 de diciembre de 1970 en el Collège de France, de título *L'ordre du discours*. No deja de ser significativo que venga inmediatamente a continuación de otro, referente a los problemas que encontraron los hallazgos de Mendel para ser aceptados como “verdades” en el terreno de la ciencia biológica: Mendel afirmaba la verdad, pero no estaba “en la verdad” del discurso biológico de su época.

36 Recordaremos aquí el interesantísimo proyecto AIME (*An Inquiry Into Modes of Existence*) de Bruno Latour, actualmente en marcha, y que tanto debe a los hallazgos de Stengers. Para los detalles véase el sitio web: <http://www.modesofexistence.org/> Asimismo, la obra tiene una versión impresa: LATOUR, Bruno. *Enquête sur les modes d'existence. Une anthropologie des Modernes* (París: La découverte, 2012).

37 Para una propuesta reciente que proviene de otro enfoque filosófico distinto al de Latour y Stengers, véase el concepto de “hiperobjeto” (“hyperobject”) y su aplicación a la problemática ecológica llevada a cabo por Timothy Morton. Véase MORTON, Timothy. *Hyperobjects. Philosophy and Ecology after the End of the World* (Minneapolis: University of

que conllevan ciertos dualismos tradicionales (natural-humano, naturaleza-cultura, natural-artificial, salvaje-domesticado, silvestre-cultivado, etc.), sin por ello perder lo valioso que pueda haber en algunas de las implicaciones de tales conceptos — como valioso sería el cuidado de lo salvaje —.

Por fortuna, en el mundo descrito por Stengers la ironía posmoderna encuentra mal acomodo. En ningún caso triunfa. Los seres (*existents*) no se disuelven en una red de compromisos y negociaciones, fabricaciones meramente humanas (I, 24). Nos las vemos con una serie de problemas ecológicos, de salud y de bienestar tan sumamente graves que ninguna ironía, por muy tolerante que sea, por muy buenas intenciones que tenga, puede postularse irresponsablemente para abordarlos.

CONCLUSIÓN

Con el término “rewilding” se agrupan las iniciativas destinadas a restaurar ecológicamente un amplio espacio, poniendo el énfasis en la introducción o reintroducción de especies salvajes. La idea conductora que ha guiado estas líneas es la de que vale la pena el ensayo de aclaración recíproca de la cosmopolítica de Stengers (y de Latour) y las propuestas de *rewilding*. Ello ha dado pie igualmente a discutir algunas cuestiones más amplias sobre la relación técnica de los seres humanos con el mundo natural.

El *rewilding* implica potencialmente un rico y heterogéneo conjunto de perspectivas, conocimientos, técnicas y prácticas, bien de índole tradicional, moderna o específicamente surgidas de este enfoque, en el que las dinámicas de conflicto, negociación diplomática y composición política sacan a la luz buena parte del potencial de la propuesta de la filósofa belga. La ciencia y la tecnología modernas han de asumir parte de la responsabilidad por los efectos de una definición excesivamente objetivadora e instrumental de los espacios naturales. También, en conjunción con el capitalismo moderno, de su explotación abusiva y deterioro — con el consiguiente deterioro de las relaciones de los seres humanos con su entorno natural —. En la actualidad no disponemos de otra perspectiva viable para la restauración o instauración de los complejos vínculos socio-ecológicos que el concurso de esa misma ciencia y tecnologías, pero — y esto es crucial — armónicamente compuestas con otras prácticas sociales. La (re)instauración de unas relaciones ecológicas y sociales adecuadas, ricas, relevantes — tal y como nos promete el *rewilding* — ha de llevarse a cabo sin la ingenuidad de caer en el dogmatismo científico y la tecnofilia, como tampoco en su opuesto: el nebuloso romanticismo que se esconde tras la desconfianza hacia la composición técnica del mundo

Minnesota Press, 2013). Por cierto que este autor también pertenece al grupo de los que rechaza la idea de una Naturaleza con mayúsculas, abogando por una “ecología sin Naturaleza”.

natural detectable en los discursos de algunos defensores de la naturaleza. Siendo conscientes del grado de producción y de intervención que se opera sobre el mundo natural, debemos seguir a Stengers en la búsqueda de un trabajo diplomático tenaz y respetuoso con perspectivas ajenas o paralelas a las prácticas de la moderna ecología y gestión de los sistemas naturales.

En este proceso, es importante no perder de vista lo problemático, tanto en el plano teórico como práctico, de intentar hacer retornar un espacio a un estado salvaje primigenio. En lugar de ello, sería conveniente cambiar el énfasis temporal del pasado al presente y al futuro proyectado. Tampoco habría de ser primordial aquí la tentación de buscar nuestro supuesto ser natural “asilvestrándonos” con la realización de prácticas que impliquen un trabajo corporal en condiciones de inmersión en los espacios salvajes, si bien puede ser algo respetable a título personal, como una forma de enriquecimiento de ciertas dimensiones olvidadas del individuo. Lo que nos jugamos en el *rewilding* es ante todo un proyecto político, en el sentido más generoso que la obra de Stengers pueda acentuar, es decir, una exploración comunitaria del terreno fronterizo entre lo natural y lo humano, una incansable labor de composición de un mundo común a partir del respeto recíproco y, asimismo, del riesgo que conlleva la exposición a los otros y a lo otro (llamémosle “naturaleza” o de cualquier otra manera que prefiramos).

Suponemos que esto que hasta aquí se ha sugerido representa una “traducción” posible de la propuesta cosmopolita de Stengers, que al menos no la traiciona demasiado y que hasta podría ser del agrado de su autora, ¿pero quién puede estar seguro? Más interesante resulta proseguir la exploración de los dominios del *rewilding* con los recursos que la cosmopolítica nos ofrece, y, a su vez, emplear el propio espacio configurado por el *rewilding* como una especie de laboratorio al aire libre para comprender más precisamente el alcance y límites de tal propuesta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ABRAM, David. *Becoming Animal. An Earthly Cosmology* (Nueva York: Random House, 2010).
- BARTRA, Roger. *El mito del salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011).
- DE CÓZAR, José Manuel. “Cosmopolítica de las tecnologías convergentes” en *Cosmópolis IX* (2), 2013.
- ELLIOT, Robert. *Faking Nature. The Ethics of Environmental Restoration* (Londres: Routledge, 1997).

- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso* (Barcelona: Tusquets Editores, 1992).
- JAMES, William. *A Pluralistic Universe* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977).
- LATOUR, Bruno. "Whose Cosmos? Which Cosmopolitics? A Commentary on Ulrich Beck's Peace Proposal?" en *Common Knowledge* (2004a), vol. 10, issue 3 Fall: 450-462.
- LATOUR, Bruno. *Politics of Nature* (Cambridge, MA.: Harvard University Press, 2004b).
- LATOUR, Bruno. "'It's Development, Stupid' or How to Modernize Modernization", 2008.
- LATOUR, Bruno. *Enquête sur les modes d'existence. Une anthropologie des Modernes* (Paris: La découverte, 2012).
- MCKIBBEN, Bill. *The End of Nature* (Nueva York: Random House LLC, 1989).
- MONBIOT, George. *Feral. Searching for Enchantment on the Frontiers of Rewilding* (Londres: Penguin Books, 2013).
- MORTON, Timothy. *Hyperobjects. Philosophy and Ecology after the End of the World* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013).
- PAVONE, Vincenzo. "Ciencia, neoliberalismo y bioeconomía" en *Revista CTS*, nº 20, vol. 7, Abril (2012): 145-161.
- ROGER, Alain. *Breve tratado del paisaje* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013).
- SCHAMA, Victor. *Landscape and Memory* (Nueva York: Vintage, 1996).
- SOCIETY FOR ECOLOGICAL RESTORATION (SER) INTERNATIONAL, Grupo de trabajo sobre ciencia y políticas. *Principios de SER International sobre la restauración ecológica*, 2004.
- STENGERS, Isabelle. *Cosmopolitiques*, 7 vols. Paris: La Découverte, 1996/1997. (Versión inglesa: *Cosmopolitics*, 2 vols., Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010/2011).
- STENGERS, Isabelle. "The Cosmopolitical Proposal" en B. Latour y P. Weibel (eds.). *Making Things Public. Atmospheres of Democracy* (Karlsruhe y Cambridge, Ma: MIT Press y ZKM, Center for Art and Media, 2005): 994-1003.
- STENGERS, Isabelle. "The Symbiosis between Experiment and Techniques" en J. Brower, A. Mulder y L. Spuybroek (eds.). *The Politics of the Impure* (Rotterdam: V2 Publishing, 2010): 14-45.